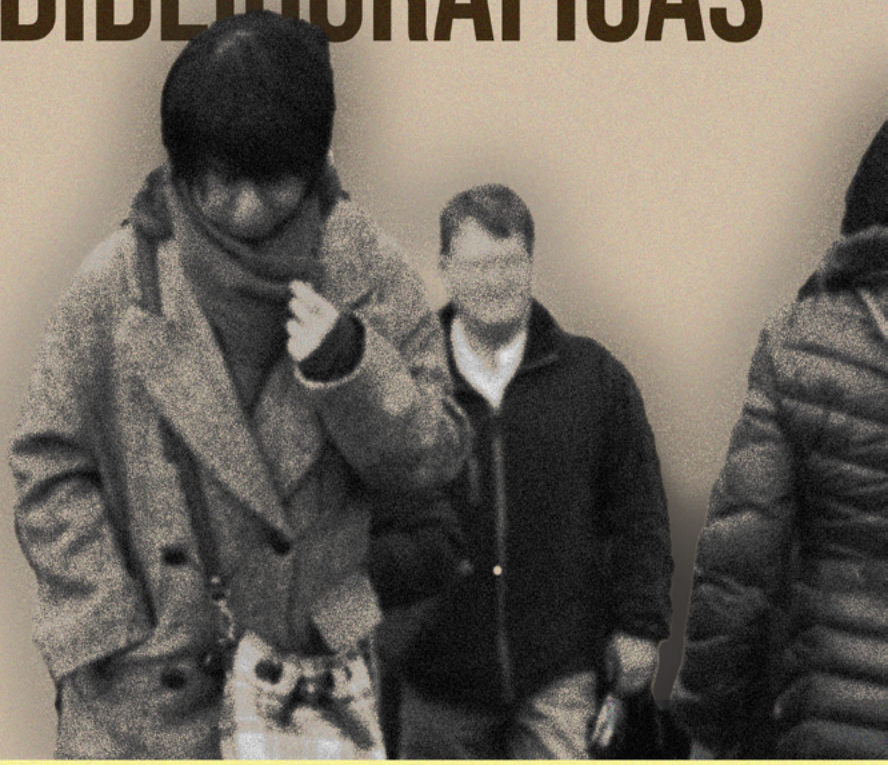
Nº2 2025

LECTURAS DEL MUNDO URBANO

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS



ISSN 3020-8912

Lecturas del mundo urbano: reseñas bibliográficas
Nº. 2: 2025

***Grupo** [Espacio Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea]*
Universidad Complutense de Madrid

Dirección:
Rubén Pallol Trigueros, rpallolt@ucm.es

Jefes de redacción:
Marcos Prados Martín y Jorge Sánchez Martín

Fotografías de la portada:
1. Alejandro García Faura
2. "La corrala en Lavapiés", Memoria de Madrid (ca. 1930), bajo licencia CC BY-NC 4.0
Disponible en: https://www.memoriademadrid.es/view/496234/la-corrala-en-em-lavapies-em

Madrid 2025

ISSN: 3020-8912
9773020891002

Vivienda: La nueva división de clase

Adkins, Lisa, Melinda Cooper, Martijn Koning y Javier Gil (2024). *Vivienda: La nueva división de clase*, Madrid, Lengua de Trapo, 160 págs.

Hay muchas razones para celebrar desde la historia urbana la publicación en castellano del ensayo de Adkins, Cooper y Konings, tres sociólogas australianas (con algunos trabajos ya difundidos en nuestra lengua), que se ocupan en este libro de las relaciones entre desarrollo de la economía de activos, el protagonismo en esta de los activos inmobiliarios y la cristalización de nuevas formas de estratificación de clase.

La primera razón para celebrarlo tiene que ver, claro, con el foco puesto en la vivienda, en cómo la relación que establecen con ella los individuos y las familias determina la estratificación de clase en la fase del capitalismo actual. La vivienda no es solo producida en las ciudades, pero las ciudades son las principales productoras de vivienda y donde históricamente se han generado las mayores disparidades en el valor de las mismas, donde tener o no tener una vivienda ha marcado de manera más poderosa la posición de clase y, por tanto, estudiar la producción social del espacio urbano resulta fundamental para entender las divisiones sociales y las formas de desigualdad históricamente construidas. Una segunda razón para celebrar la aparición de este libro es su confluencia con una de las cuestiones que han sido centrales en la historia urbana, tal y como se ha practicado en España, desde la perspectiva de la historia social y que ha tenido precisamente como una de sus mayores preocupaciones la producción de desigualdad por el modo específico en que crecían y se transformaban las ciudades y el modo en que sus habitantes vivían en ellas. Nos referimos al interés por definir las escurridizas clases medias como un estrato social atravesado en su configuración por sus ingresos salariales y su posesión de bienes inmobiliarios (véase el libro coordinado por Otero Carvajal y Beascoechea en 2015, sobre *Las nuevas clases medias urbanas*). Volveremos sobre ello. Tercera razón, porque el ensayo de Adkins, Cooper y Konings destaca por adoptar una perspectiva histórica en su explicación, al concebir tanto el funcionamiento de la economía de activos y el protagonismo adquirido en ella por la vivienda, así como la estratificación de clase que le viene asociada, como el resultado de un proceso social de más o menos larga duración, y no como la lógica consecuencia del funcionamiento natural de los mercados. Las desigualdades sociales son la consecuencia de acciones continuadas en el tiempo realizadas por actores reconocibles en el juego económico, entre los que las autoras sitúan tanto a gobiernos con sus políticas deliberadas de sostenimiento del mercado inmobiliario, fondos de inversión con sus prácticas predadoras de valor de los inmuebles y, la gente corriente, inmersa con mayor o menor deseo y entusiasmo en dinámicas de rentismo consustanciales a la nueva configuración capitalista centrada en los activos. Esta es una cuarta razón (y habría más) de celebración: la adopción de un enfoque reconocible por la historia desde abajo, donde la ciudad y en este caso la sociedad urbana no son sólo el producto de los tejemanejes de un cogollo de inversores y capitalistas, sino también de la participación activa de amplios sectores de la población, que les hace también responsables o quizá cómplices de la situación.

La cuestión central que analiza el ensayo de estas tres sociólogas, insisto, es el del papel central que los activos inmobiliarios han adquirido en la configuración de clases en el nuevo capitalismo. La tesis defendida es que ya no podemos entender las divisiones de clase como únicamente producto del antagonismo entre capital y trabajo, incluso se atreven a señalar que ni siquiera lo es ya fundamentalmente. Las

divisiones de clase se deben entender en relación a la posesión de bienes inmobiliarios en tanto que activos generadores de renta. Esto implica una transformación de la función social de la vivienda, que ya no es concebida por el valor de uso (satisfacer una de las necesidades primarias, la del habitar), ni tan siquiera por su valor de cambio (el precio en el mercado) sino la de su rentabilidad, como generadora de recursos, o si acaso, las expectativas de su valor de uso en el futuro. O, dicho de otra manera, de forma cada vez más pronunciada la obtención de riqueza o de capital ya no se cifra en la economía productiva sino en un rentismo basado en la posesión de bienes inmobiliarios. Y esto sucede a todas las escalas. El gran capital, organizado en fondos de inversión, habría desplazado sus inversiones desde la economía productiva primero hacia la especulación con vivienda y a su acaparamiento después. Pero también las clases altas, las clases medias y unas clases trabajadoras deseosas de escapar de su condición, se habrían reorientado hacia una estrategia económica dirigida hacia la posesión de activos inmobiliarios, convencidos de que el verdadero ascensor social depende más de lo que se tiene que de lo que se hace y se produce. Las implicaciones son tan profundas como para reconfigurar el funcionamiento de los hogares y alterar las relaciones en la familia, como cimiento del edificio social. El hogar ha transitado así desde su configuración keynesiana, organizado en función de la capacidad de sus miembros para producir riqueza en el sistema fordista productivo y equilibrar los ingresos salariales con las necesidades de consumo, para transitar a lo que se denomina un hogar *minskyano* (en referencia al economista Hyman Minsky) en el que las estrategias se diseñan en función de una gestión activa y constante del patrimonio, verdadera pieza clave en la generación de renta en una economía basada en el juego financiero. En este nuevo hogar y en esta nueva economía, las relaciones familiares ganan peso en la reproducción social, limitando cada vez más las posibilidades de ascenso de los individuos en un mercado laboral que ya no ofrece oportunidades para escapar de la pobreza. La prosperidad está íntimamente vinculada a la propiedad inmobiliaria, y la acumulación de riqueza cada vez más ligada a la capacidad de adquirir más y más activos inmobiliarios de una burbuja, la de la vivienda, que nunca pinchará. El reverso tenebroso de todo esto es la cada vez menor relevancia de los salarios, de la renta obtenida de la actividad productiva. Por supuesto, mucha gente, nos advierten las autoras, sigue dependiendo de ellos para su mera supervivencia. Lo que ha cambiado es que los salarios rara vez abren las puertas para alcanzar los niveles de prosperidad que antaño identificábamos con la clase media. Esta puerta se abre solo cuando se es propietario de una o más viviendas. Lo terrible es que la prosperidad de los propietarios se basa en el desvío de una parte cada vez más importante de las rentas salariales hacia el pago de la vivienda habitual. La miseria de los que no tienen casa en propiedad ni podrán tenerla, los inquilinos, es la fuente de la abundancia o del bienestar de quienes acumulan unos activos inmobiliarios cuyos precios crecen sin que se les ponga coto.

Tres grandes secciones organizan el ensayo de Adkins, Cooper y Koning. En una primera parte describen la naturaleza del capitalismo de activos fundado por el neoliberalismo, reivindicándose en el pensamiento de Hyman Minsky y otros autores postkeynesianos. Destaca su caracterización del neoliberalismo como una nueva fase del desarrollo capitalista, y no como una vuelta atrás al liberalismo salvaje y sin domesticar anterior a la Gran Depresión (y por lo tanto con nuevas implicaciones sociales y necesitado seguramente de nuevas recetas o reacciones correctoras o desestabilizadoras). Y también debe subrayarse el debate intenso que las autoras mantienen con Piketty, con el que divergen en la atribución de responsabilidades en la creación de desigualdad. Las sociólogas australianas consideran engañoso la obsesión con un 1% de grandes propietarios como responsables de la especulación y consideran más relevante el fenómeno de la socialización de amplias capas sociales en la economía de activos, o como han señalado hace poco otros autores (Pablo Carmona, por ejemplo), en el rentismo popular o la popularización del rentismo. Esto hace todo más complejo, claro, pues se desvela que la conformación actual de la economía capitalista cuenta con la implicación más o menos voluntaria de amplias capas

sociales y su reconfiguración no será tan sencilla como podría sugerir la idea de aumentar los impuestos a los más ricos o la sustitución de una elite por otra más sensible a los de abajo. En definitiva, el capitalismo de activos se ha inscrito en la organización social. En una segunda parte del ensayo las autoras se preocupan por las raíces históricas de la economía de activos, que sitúan en una revolución neoliberal que, insisto, no es una mera vuelta atrás a la economía cruda de la primera industrialización, sino un salto adelante que genera nuevas estructuras sociales que tienden a consolidar el cambio y ofrecen pocas esperanzas de revertir la situación. La explicación se asienta fundamentalmente en el análisis de las políticas monetarias desplegadas desde la década de los 70, demostrando que la configuración del mercado de bienes y activos y, lo que es fundamental, el mantenimiento de un crecimiento sostenido de los precios de la vivienda, lejos de ser un fenómeno inevitable es el producto de un esfuerzo continuado de las instituciones. En un tercer apartado del ensayo se describen las nuevas realidades de clase generadas en la economía de activos, en las que, como ya se ha señalado, la principal línea de demarcación se establece entre quienes poseen activos inmobiliarios y los que no, entre propietarios de viviendas e inquilinos. No por ello desestiman las autoras la importancia de los ingresos salariales y la inserción en el mercado laboral de los sujetos en esta nueva configuración de clase, pero lo entienden más como matiz estratificador que como división de clase. La estratificación de clase, de hecho, es una de las claves de su propuesta, señalando cómo las diferentes formas de relación con la propiedad crean una gama social compleja que dividen en 6 grupos (a su vez divididos en subgrupos): inversores en carteras de activos inmobiliarios en la cúspide, propietarios plenos de una o varias viviendas en un segundo escalón, propietarios con hipoteca en un tercer puesto, inquilinos en el cuarto lugar, ya pasada la gran frontera social marcada por la propiedad, y, en el furgón de cola, las personas sin hogar. Particularmente importantes son las reflexiones sobre la correlación de estas nuevas fronteras de clase con las brechas generacionales, frecuentemente aducidas en los últimos tiempos cuando se alude al problema de la vivienda. Y resulta muy convincente la conclusión de las autoras, relativizando esta división entre *boomers* propietarios y *millenials* excluidos del mercado de la vivienda, pues así se ocultaría las divisiones entre clases sociales. Por supuesto que se ha producido un retraso en el acceso a la vivienda y en la emancipación de las generaciones más jóvenes y, sobre todo, nos señalan las autoras, una cada vez mayor dependencia de los jóvenes hacia sus familias para poder comprar una primera casa. Las transferencias intergeneracionales (ya sean donaciones de capital, ayudas a la entrada para una hipoteca o la cesión gratuita de una vivienda) se han convertido en imprescindibles para formar parte de la sociedad de propietarios. Y por ende han reforzado el poder de padres sobre hijos, pues la llave de la independencia de los segundos está en manos de los primeros. Pero la herencia se mantiene en el horizonte, como una promesa de que tarde o temprano las nuevas generaciones se convertirán en propietarias plenas. Un horizonte de posibilidad que no está abierto a todas las familias ni a todos los jóvenes. Aquellos descendientes de familias de inquilinos, sin patrimonio inmobiliario y sin más recursos que sus salarios, difícilmente recibirán una herencia que les sitúe del otro lado de la gran frontera social que hoy está marcada por tener o no tener una vivienda.

Este sugerente ensayo se complementa con un extenso prólogo a la edición española realizado por Javier Gil y que constituye en sí otro trabajo. Se trata de una aplicación de las ideas e interpretaciones de Adkins, Cooper y Konings al caso español, demostrando la validez de un análisis que, como las autoras no dejan de insistir, se ha forjado en la observación del anglocapitalismo. No hacen falta demasiadas piruetas para trasladar el análisis a España, como demuestra Gil, pues se ha convergido hacia las mismas dinámicas de inversión en activos y reconfiguración social. Sus páginas, no obstante, deben aplaudirse como una introducción muy útil para comprender en nuestros propios términos un fenómeno que luego las autoras describen globalmente. Y sugiere además nuevas implicaciones a las interpretaciones sobre la sociedad de clases en la economía de activos, particularmente las de un conflic-

to que Javier Gil pronostica que se dibujará cada vez más entre inquilinos organizados en sindicatos y propietarios. Igualmente hay que aplaudir el notable esfuerzo y cuidado en la traducción lingüística del ensayo, a cargo de Jorge Lago, porque no siempre la literatura económica se esmera en transmitir el conocimiento con tanta claridad y precisión, sin expulsar a los lectores que no conocen la jerga del gremio.

Sólo cabe una crítica de importancia en esta parte del análisis del caso español por el recurso a explicaciones simplificadas y manidas del germen de la sociedad de propietarios, en un cliché que lo hace recaer en Franco y en un proyecto de ingeniería social que José Luis Arrese, su primer ministro de vivienda, habría resumido en la sentencia de que no quería un país de proletarios sino de propietarios. Probablemente sea un demérito de los historiadores urbanos y los historiadores sociales no haber afrontado la investigación de esta democratización de la propiedad y de la popularización del rentismo, cuyas raíces son más lejanas y las lógicas que lo provocaron mucho más complejas. Aunque la dictadura franquista fue poderosamente influyente, no lo explica todo, pues el fenómeno de la popularización del rentismo se dio de manera simultánea en toda la economía capitalista y no solo en España. Investigar los orígenes de esta configuración social en que la vivienda cumple un papel tan decisivo nos debería obligar a cierta desespañolización del análisis, y precisamente el diálogo con obras como la de Adkins, Cooper y Konings puede ser muy productivo para ello. Con carácter más amplio, se echa en falta, en el ensayo de las autoras australianas, una reflexión sobre las dinámicas complementarias de flujo de población migrante que ha venido acompañando a esta construcción de la economía de activos y la nueva sociedad estratificada de clases que lo acompaña. No se puede entender el gran negocio que está generando la percepción de rentas del alquiler, el ser casero, sin la creciente movilidad geográfica de la población, sin el despegue de un nuevo ciclo histórico de grandes migraciones como los que acompañaron a la industrialización. Más allá de las oportunidades de ingresos que los expatriados o los turistas ofrecen, todavía más importante resultan la de los trabajadores que se incorporan a las ciudades de las economías desarrolladas del Norte, donde los precios de la vivienda se tensionan más. Son los salarios de estos trabajadores inmigrantes, excluidos de la posibilidad de ser propietarios, los que se derivan cada vez más hacia los bolsillos de los ya instalados en el territorio, los nativos, hijos de propietarios, cada vez menos preocupados por buscar una ocupación con que ganarse la vida y más concentrados en la gestión de un patrimonio que garantiza sus altos niveles de prosperidad. Precisamente porque les pagan la renta los trabajadores inmigrantes. Habría sido interesante que el texto de las tres autoras, tan sagaz al deslindar fronteras de clase de las de las brechas generacionales, hubiera explorado la relación que existe entre las líneas que separan a propietarios y desposeídos con las que pretenden marcar diferencias entre razas, entre la comunidad de plenos derechos y los que no son recibidos, las fronteras entre nosotros europeos y propietarios y los otros inmigrantes y *okupas*. Porque sin duda, también el conflicto futuro se irá articulando entre estas definiciones de los grupos sociales en que el racismo refuerza las visiones clasistas.

Rubén Pallol Trigueros
Universidad Complutense de Madrid

La mujer moderna

Sociedad urbana y transformación social en España, 1900-1936

Otero Carvajal, Luis Enrique y Nuria Rodríguez Martín (eds.) (2022). *La mujer moderna. Sociedad urbana y transformación social en España*, 1900-1936, Madrid, Catarata, 397 págs.

El surgimiento de la «mujer moderna» como sujeto histórico durante el primer tercio del siglo XX es un objeto de estudio consolidado en la historiografía española, si bien los trabajos más recientes no dejan de presentar nuevas miradas y perspectivas desde las que entender quiénes eran estas mujeres que abanderaron nuevas actitudes y nuevos valores. La publicación colectiva, *La mujer moderna. Sociedad urbana y transformación social en España, 1900-1936*, está coordinada por Luis Enrique Otero Carvajal y Nuria Rodríguez Martín, ambos con trayectorias consolidadas en el estudio de la sociedad urbana y el periodo de entreguerras en España. Presentan un compendio de capítulos, ordenados en cuatro grandes bloques, dedicados a explorar este fenómeno desde perspectivas distintas. Abordan la esfera de la educación, el trabajo, sus características estéticas y sus comportamientos, acercándose finalmente al ámbito de su participación en el espacio público.

Los diferentes bloques temáticos consiguen alcanzar una comprensión compleja del objeto principal: la mujer moderna y su presencia en la sociedad urbana y los cambios sociales de los primeros años del siglo XX. Si bien quedan fuera algunos temas esenciales relacionados con la sexualidad, la presencia en el ocio u otros aspectos de la vida cotidiana, esta obra recoge puntos variados que permiten que la reflexión no quede reducida a un mero arquetipo de feminidad que circula en el discurso público. Se consigue, en definitiva, mostrar la complejidad de la situación de las mujeres y su papel en la transformación de la sociedad urbana entre 1900 y 1936.

En el libro se trabajan de forma recurrente problemáticas historiográficas y se abordan conceptos clave, como el propio término de «mujer moderna». Una de sus principales aportaciones la encontramos en el papel decisivo concedido al espacio urbano para la configuración de la nueva mujer o la mujer moderna. Al tratarse de una obra colectiva y con una temática ambiciosa –algo que, a veces, puede suponer dispersión en los objetivos del estudio–, la obra apuesta por la confección de hilos conductores que ayudan al lector a formarse una idea concreta de los objetivos con los que se articulan las investigaciones: caracterizar el papel de estas mujeres y analizar su evolución en una España urbana en transformación. Si bien unas conclusiones comunes podrían facilitar la labor de síntesis al lector, lo cierto es que, al sugerirse de forma recurrente preguntas u objetivos compartidos, se contesta con claridad a lo planteado en la Introducción.

Luis Enrique Otero Carvajal, Elena Hernández Sandoica y Sofía Rodríguez Serrador abordan la relación de las transformaciones sociales y económicas a través de la educación. Presentan estudios cuantitativos y cualitativos, con apoyo de gráficos y fotografías, que complejizan el relato. El uso de fuentes diversas —desde padrones municipales, registros de propiedad territorial, fondos de empresa, hasta publicaciones de prensa y literatura— aporta solidez a la obra. En el siguiente bloque se repite un patrón similar. Presentan sus estudios Gloria Nielfa Cristóbal, Santiago de Miguel Salanova y Otero Carvajal. A estos le siguen los textos de Cristina Borderías junto a Mònica Borrell-Cairol y Tura Tusell, Susana Serrano Abad, Josu Hernando Pérez y Ana Belén Gómez Fernández, que exploran el entorno laboral de las mujeres de este periodo con un enfoque geográfico más localizado. En el siguiente bloque se suceden nombres de historiadores e historiadoras consolidados en el panorama académico español, que contemplan cómo los cambios en

varios ámbitos (discursivos, de mercado, etcétera) contribuyen a la conformación de la mujer moderna y viceversa. Mercedes Fernández-Paradas, Nuria Rodríguez-Martín y Micaela Pattison presentan novedosos estudios que exploran la trascendencia de los cambios en la sociedad de consumo para las mujeres españolas de este periodo.

Por último, la obra se cierra con un bloque colectivo dedicado a explorar la lucha de las mujeres por la conquista del espacio público. José Miguel González Soriano, Marta del Moral Vargas y Rosa María Capel Martínez abordan aspectos esenciales: el ámbito cultural y literario, las dinámicas de movilización política, como una forma de ilustrar la experiencia colectiva histórica, pero ejemplificada a través de grandes figuras. De hecho, con una cita de Clara Campoamor con la que Rosa Capel describe el arquetipo de las mujeres modernas en la publicación: «con disciplina instintiva de grupo, de sexo, romper la tupida red de prejuicios, costumbres y leyes que las ponían al margen de la vida social». Así, concluye con otro de los aspectos recurrentes y más positivos de este libro: el diálogo continuo entre diferentes definiciones de mujer moderna que perfilan los autores y autoras, así como la concepción que las protagonistas analizadas han llegado a través de las fuentes primarias.

En definitiva, *La mujer moderna. Sociedad urbana y transformación social en España, 1900-1936*, es una obra colectiva sólida. Apuesta por una cronología amplia pero justificada (de un cambio de siglo al estallido de la Guerra Civil). La selección del espacio urbano como agente a estudiar no es aleatoria: la mayoría de los cambios descritos tienen especial incidencia en las ciudades, por lo que este aspecto es pertinente. Esta perspectiva novedosa podría, quizás, haberse desarrollado de forma más compleja poniéndose en contexto global o europeo, pues se limita al ámbito nacional dejando fuera perspectivas culturales o económicas transnacionales que, en un fenómeno transnacional como fue la emergencia de la mujer moderna, pueden resultar de gran interés. Otero Carvajal y Rodríguez Martín presentan como editores, por tanto, una obra colectiva con unos objetivos acertados, dado que responde a una corriente de estudio en desarrollo en nuestro país y que en la última década ha suscitado un gran interés por parte de la comunidad académica. Publicada en 2022, es un recopilación reciente y vigente para entender la figura de la mujer moderna y su desarrollo en la sociedad urbana española del primer tercio del siglo XX.

Elia Arce Isabel
Universidad Complutense de Madrid

El malestar de las ciudades

Dioni López, Jorge (2023). *El malestar de las ciudades*, Madrid, Arpa Editores, 352 págs.

¿Qué está ocurriendo en el centro de las ciudades? ¿Por qué cada vez son más las protestas de vecinos ante fenómenos como el turismo o la especulación urbana? ¿Por qué se va la gente de las ciudades? La respuesta que nos ofrece Jorge Dioni, periodista y escritor, es simple: porque se ve forzada a irse, la echan. A diferencia de su anterior volumen, *La España de las piscinas* (Arpa, 2021), en el que Dioni analizaba las periferias y los Programas de Actuación Urbanística (PAU), en *El malestar de las ciudades* centra su atención en los centros urbanos, en las dinámicas que atraviesan las ciudades y en las causas de la huida de muchos de sus antiguos vecinos.

Este nuevo libro, con formato de ensayo ligero, consigue hacer accesibles conceptos complejos de autores más vinculados a la academia (como Karl Polanyi, David Harvey,

Melinda Cooper, José Manuel Naredo, etc.) a un público general a través de ejemplos cotidianos, que permiten contextualizarlos y poder entenderlos mejor. Todos los capítulos comienzan con alguna anécdota o situación cotidiana con la que el lector conecta fácilmente, y a partir de ahí, guiados por la buena pluma del autor y sus preguntas certeras, se realiza un análisis minucioso sobre problemáticas urbanas complejas. El libro se divide en dos partes. La primera en la que analiza una por una esas problemáticas (privatización, financiarización, turistificación, gentrificación, rentismo…) y se establecen los nexos con una cuestión central: que la ciudad se ha convertido en un mero espacio económico que necesita movimiento (de personas, mercancías, dinero…) para crear valor, auspiciado por el modelo neoliberal. En la segunda parte, tomando como ejemplos a las grandes metrópolis o ciudades intermedias (tanto internacionales como españolas) en su devenir histórico, presta atención a cómo estos fenómenos han tejido y configurado las desigualdades que han afectado y siguen afectando a la población urbana. El autor encuentra en las raíces del modelo económico actual, principal responsable, según él, de la apatía, desinterés e incertidumbre que generan las ciudades a sus vecinos. En esta segunda parte algunas de las preguntas que Dioni intenta responder son: ¿cómo se ha desarrollado y adaptado el neoliberalismo a su contexto? ¿Cómo nos podemos relacionar socialmente cuando el modelo y ritmo económico fomenta la individualidad y la competición? ¿Qué podemos esperar cuando la ciudad y las relaciones que se producen dentro de ella se debilitan? La respuesta ofrecida es simple: si la comunidad y lugar de encuentro que ofrecen las ciudades desaparecen, las sociedades e incluso las democracias mismas también lo harán.

Para el autor, en este contexto las ciudades ya no son espacios, sino productos que se pueden trocear y vender; las ciudades no tienen valor en sí mismas como lugares en los que vivir, son máquinas de crear experiencias y productos que se puedan ofrecer al mercado. A medida que sufren el proceso de privatización, valorización y rentabilidad, el interés por lo público decrece, y por tanto nuestra forma de relacionarnos (con ello y entre nosotros) cambia. Es un cambio social lento y que parece imperceptible, pero que tiene efectos sobre la cotidianeidad de los ciudadanos, hasta el punto de hacerles partícipes, casi de manera inconsciente, del modelo económico que les expulsa de sus ciudades. El crecimiento de una ciudad, su extensión por el territorio, debido a la necesidad de atraer flujos (y no tanto generarlos) conlleva la construcción de nuevas infraestructuras como autopistas que, paradójicamente, segregan a la población. A su vez esto causa que, por ejemplo, si una familia no tiene un coche privado con el que moverse, tampoco pueda hacerlo en transporte público a causa de la cada vez mayor desinversión en este sector. Lo que importa no es la gente que vive en las ciudades, sino la que pasa por ahí. El constante movimiento que no deje de impulsar la rueda del mercado. Si no consumes, si no te mueves, la ciudad no es para ti.

Lo anteriormente descrito tiene implicaciones más profundas. Un sutil cambio en el lenguaje puede abrir la puerta a la privatización de servicios, o la expansión de la ciudad como polo turístico puede conllevar (y conlleva) procesos de gentrificación y segregación por renta que expulsan a las clases medias de las ciudades. De esta manera, las tradiciones que atraen turistas acaban diluyéndose. Si no hay pertenencia a una comunidad ni interés en generarla, si la ciudad no construye redes y lazos lo suficientemente fuertes como para mantenerlas, acaban devoradas por el turismo que las comercializa. Lo mismo ocurre con la cultura. Según Dioni, si la juventud está dispersa o fuera de las ciudades, estamos condenados a no tener cultura nueva o repetir la que ya existe.

De las muchas sugerencias que este libro ofrece para su reflexión, esta me parece verdaderamente interesante: cómo las nuevas generaciones de obreros tienen que ser trabajadores flexibles, adaptarse a la incertidumbre de su contexto y al desasosiego generado por el modelo capitalista, lo que les lleva a querer estar presente en todos los lugares posibles por miedo a perderse algo, el conocido como FOMO (*Fear Of Missing Out*). Cada vez más, las redes sociales viralizan el contenido en el que el valor gira en torno a las relaciones laborales, pero también interpersonales. Tienes que ser un hombre o mujer «de valor», lo que

conlleva un cierto comportamiento, específico para cada género, que modula tu lugar y posición social en función de si lo cumples o no, forzando a las personas a competir entre ellas y consigo mismas. Y la causa de ese enfrentamiento es el modelo neoliberal con el que se gobiernan la mayoría de las ciudades y que socava, en última instancia y en gran medida, esa idea vertebradora que es la comunidad social. Algunos ejemplos pertinentes son el conflicto entre turistas y vecinos y la perversión del concepto de libertad a través de la propiedad privada. Presentar el primero de ellos como un problema en términos individuales impide que las reivindicaciones vayan al verdadero foco: el modelo económico. Es una falacia, tal y como señala el autor, que problemas como la turistificación de las ciudades puedan resolverse con cambios en los comportamientos personales porque esos cambios no atajan la extracción de recursos y flujos que el modelo neoliberal consigue mientras tanto. En último término, los dos sujetos enfrentados —turista y vecino— mientras lo estén entre ellos, no pueden darse cuenta de que son lo mismo y que sus miras deberían ponerse más arriba. Por otro lado, la libertad surgida tras situar a la propiedad privada como centro del individuo y la sociedad se aleja de los presupuestos ilustrados, hermanados con la igualdad y la fraternidad. Ahora, la noción actual de esta idea es que cada persona puede desarrollar un proyecto vital, disponer de su propiedad privada exclusiva, sin necesidad de contar con los demás, sin ningún tipo de responsabilidad colectiva. Se abre entonces la vía para que el Estado de Bienestar sea desmantelado de una manera sutil pero implacable para la movilidad social, de tal forma que ese «ascensor social» deje de funcionar poco a poco.

A modo de conclusión, es un libro con ideas muy sugerentes que plantean al lector los interrogantes necesarios para entablar un diálogo con su realidad más inmediata (sobre todo si vive en una gran ciudad). Junto con su primer volumen, Jorge Dioni es capaz de condensar, de manera muy eficaz y accesible, ideas complejas sobre el centro y la periferia urbana, las conexiones del espacio con nuestras vidas cotidianas y los problemas derivados del modelo económico actual. Ambos libros pueden servir no solo como introducción a debates más complejos y teóricos, sino también como punto de apoyo o de impulso para investigaciones sobre procesos como la gentrificación, la participación democrática, la cultura juvenil, el turismo o el medio ambiente.

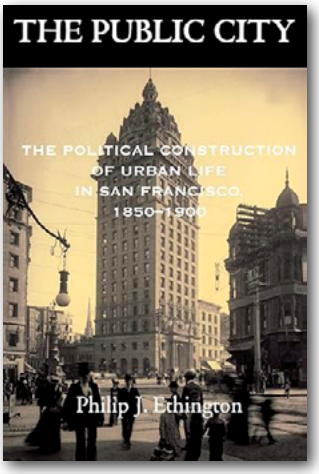
Juan Cordón Herce
Universidad Complutense de Madrid

El clásico revisitado:

The public city

The political construction of urban life in San Francisco, 1850-1900

Ethington, Philip J. (2001). *The public city: the political construction of urban life in San Francisco*, 1850-1900, Oakland, University of California Press, 480 págs.



La obra del historiador estadounidense Philip Ethington, actualmente vinculado a la Universidad del Sur de California, vio la luz en 1994, en las postrimerías de momentos de notable agitación social que dispararon una ola de trabajos que trataban de explicar las causas de los conflictos políticos en las ciudades, la cuestión de la desigualdad racial o de género. Veinte años después es apropiado preguntarse por qué revisitar un clásico de la Historia Urbana como este, y es precisamente por lo mencionado anteriormente, porque las posturas teóricas que sostiene fueron notablemente disonantes con algunas de las hipótesis dominantes sobre la configuración de las comunidades políticas que habían encontrado cierto consenso en la literatura académica.

El elemento central del debate parte, tal y como adelanta el autor en los primeros momentos del libro, de una crítica a cierta forma de explicación cargada de automatismo determinista en la aparición de la «política de masas» y la conciencia de clase como el resultado de una agregación de reivindicaciones de las condiciones materiales de segmentos sociales concretos. Por el contrario, Ethington, utilizando el concepto de «comunidad política» en el análisis del caso norteamericano y de sus culturas políticas, sitúa en el centro la reivindicación de la propia participación de estas comunidades en el juego político, a través de las instituciones, que para el autor tienen un peso fundamental para entender el cuerpo de esta comunidad política, quiénes se encuentran dentro y forman parte de una ciudadanía con derechos políticos. Central en esta idea es que el campo político, sus instituciones y los discursos que circulan entre estos actores políticos son clave para entender los marcos ideológicos del momento social. Todas estas piezas actúan como componentes fundamentales para la construcción de la propia identidad política de los actores sociales de la época. En el caso que ocupa el libro, el de San Francisco, discursos de «clase social» fueron resultado de la introducción de estas categorías desde espacios discursivos tradicionales como los periódicos y los partidos tradicionales con el objetivo de ampliar sus apoyos electorales. Los trabajadores manuales de la época que se apropiaron de estas categorías, ya presentes en la esfera pública, no fueron tanto el resultado genuino de una nueva forma de identidad cristalizada a través de experiencias compartidas de lucha por la mejora de sus condiciones materiales.

Inteligentemente, la obra ofrece una detallada exposición de su corpus teórico para sustentar los análisis que tan frontalmente chocaron con algunas de las interpretaciones hegemónicas en el campo de la Historia Social. Dos autores se sitúan como fundamentales, Jürgen Habermas y Hannah Arendt, concretamente en sus disquisiciones sobre la «esfera pública», refiriéndose a los espacios de debate público, los discursos e ideas políticas en circulación y los actores políticos con capacidad de intervención en ella. Precisamente, la posibilidad de acceso a esta esfera es la palestra principal para la pugna de una suerte de derecho a la política. Es importante, añadir también, que, introduciendo parte de la dimensión de análisis espacial de la obra, no solo se concibe la esfera pública en términos abstractos, sino ligada a aquellos lugares donde se llevan a cabo las «performances» o donde circulan materialmente estos discursos en forma de prensa u otros materiales, como pueden ser plazas, tabernas, etc.

La extensa documentación y vaciado de fuentes que presenta a lo largo del desarrollo de la obra es, quizás, uno de los elementos que magistralmente hilvana este trabajo. No se trata pues de una simple reproducción de anécdotas diseminadas que busquen reforzar las hipótesis teóricas del autor. Todo el libro se sustenta a través de una exposición detallada de los casos de estudio y un acercamiento analítico a las fuentes que consulta, a cada material y cada ejemplo. Y, con ello, es meritorio que no se convierta en un mero ejercicio descriptivo. La manera en que dialoga con las fuentes y como formula sus interpretaciones tiene una fuerte naturaleza pedagógica. En este sentido, se puede decir que el libro marca dos velocidades bien sincronizadas, que permiten no solo el aprendizaje de la evolución de San Francisco durante la segunda mitad del Siglo XIX, sino que constituye una inspiración metodológica para quienes se acercan al estudio del pasado. *Grosso modo*, Ethington presenta una evolución demográfica y sociolaboral de la ciudad entre 1850 y 1900, con un especial énfasis en las organizaciones políticas y algunos de sus principales protagonistas. Cómo evolucionan estas instituciones de forma ligada al crecimiento urbano y demográfico o los orígenes sociales de sus participantes a lo largo de cincuenta años sirven para retomar la pregunta que articula uno de los aspectos centrales del libro: ¿Quiénes tiene el reconocimiento y derecho a la participación política? ¿Quiénes son reconocidos como parte de esa «comunidad política»?

Como es obvio, la elección de la cronología no responde a la mera arbitrariedad, sino a la interpretación de la Guerra Civil Americana (1861-1865) como un período de cesura entre dos formas de articular la cultura política

mayoritaria de EE. UU. La obra distingue dos grandes modelos: el «republicanismo liberal» y el «pluralismo liberal». Sin querer extender demasiado el comentario o hacer un simple resumen del contenido de la obra, sí es importante señalar algunos de los rasgos fundamentales de estos modelos. Para Ethington, el republicanismo liberal se caracteriza por el dominio de un carácter romántico discursivo entroncado en la idea de virtudes cívicas, donde el universo conceptual y discursivo está compuesto por términos como honestidad, corrupción, tiranía, etc. Pero que sobre todo articula una noción de «interés general» vinculada a la experiencia del individualismo de segmentos sociales concretos de la sociedad americana que se pretende extender como universal a través de su expresión en la esfera pública. La lucha por definir y modificar los límites de ese interés general es el elemento clave de lucha entre distintos grupos sociales en la explicación de la transformación de las diferentes culturas políticas estadounidenses. Por el contrario, el pluralismo liberal que se consolida en torno a 1900 alude a una cultura política, que como resultado de la pugna por la esfera pública ha logrado socavar la construcción discursiva estrecha del interés general, diversificando las demandas y sus actores productores. Recogiendo este proceso, es fácil entender por qué la lucha en la esfera pública y la definición de interés público es para Ethington fundamental para entender cómo se articula y muta la sociedad civil.

El análisis de la vida urbana y el desarrollo de las ciudades es uno de los leitmotiv constantes en los trabajos de Ethington, y que cobra especial presencia en obras posteriores. No obstante, esto no significa que dicho análisis esté ausente en el libro, donde problematiza la articulación de los espacios públicos y privados, resultantes de la pugna por definir la esfera pública. Entendido por el autor como un proceso dinámico, sirve para ejemplificar los procesos de exclusión de ciertos actores del cuerpo político, considerado público, a los espacios marginales, es decir, de lo privado. A través de estos procesos configura la esfera pública, no solo como un campo abstracto o una categoría de análisis, sino como un concepto fuertemente ligado a los lugares y las prácticas llevadas a cabo en los mismos. Estos espacios y acciones son a su vez productoras del discurso que ayuda a configurar esta división de esfera y espacio público y su contraparte, la esfera privada, dejando manifiesta su necesaria relación en la constitución de ambas. En esta línea, la obra marca un notable interés por relacionar el crecimiento demográfico y los movimientos migratorios con respecto a los procesos de inclusión-exclusión en la comunidad política. Destacan ejemplos como el peso de la población más estable, con mayores rentas y acceso a la propiedad como los principales ciudadanos de San Francisco con capacidad de decisión política frente a los migrantes atraídos durante la fiebre del oro, excluidos por las normas legales sobre derechos electorales, o la evolución de la población femenina, que en 1849 era solamente el 2% frente al 45% de 1900. La transformación morfológica de San Francisco, ligada a su crecimiento demográfico también es de notable importancia para Ethington, no solo por qué se urbaniza, sino como se configuran nuevas formas de utilizar estos espacios, y el peso que tienen para la configuración de las políticas de masas o de grupo, destacando ejemplos como los mítines masivos, que comienzan a ser frecuentes durante la segunda mitad de siglo. Por tanto, para el autor, es innegable que la expansión de la ciudad y el uso de sus espacios públicos fue capital para entender el privilegiado peso del «espacio público» y los actores dominantes del mismo con la articulación de una «esfera pública» que consolidó la concepción de lo político y la comunidad política ligados a estos actores, prácticas y discursos, y que refuerza la exclusión de aquellos no reconocidos.

El paso del republicanismo liberal al pluralismo liberal queda ilustrado a través de distintos ejemplos expuestos a lo largo de los ocho capítulos del libro. El primer caso de estudio, dedicado al Comité de Vigilantes, que ocupa los tres primeros capítulos del libro. A través de la evolución de este grupo, ejemplifica el peso de las instituciones políticas previas a la Guerra Civil y a las leyes sobre el derecho electoral como elementos que ayudaron a articular el fuerte apoyo social que recibió dicho a partido. Los sucesos históricos narrados arrojan luz sobre la normalización de ciertas prácticas

de violencia pública como elementos legítimos del juego político, y que formaban parte central del programa y de las acciones del Comité de Vigilantes.

El vacío de poder dejado por la caída del Comité y la situación posterior a Guerra Civil Americana, que se desarrolla en los capítulos 4 y 5, da paso a un análisis que se centra en la transformación del marco político, con especial atención a la intrusión de una mayor diversidad de actores políticos, como las mujeres, las personas racializadas, así como a las nuevas relaciones que se establecieron entre las instituciones locales, estatales y nacionales. Estos factores definieron un nuevo marco de juego con leyes sobre el derecho y el proceso electoral, o la separación de las elecciones locales y nacionales como estrategia electoral.

El bloque final que agrupa desde el capítulo 6 al 8 expone fenómenos como la aparición del Workingmen's Party y el surgimiento de los discursos sobre la noción de clase, cuyo origen rastrea el autor en los medios de comunicación y en los ejercicios de movilización pública masivos por parte de partidos tradicionales y que sirvieron de catalizador para la construcción de esta identidad de clase en amplios sectores sociales. Es decir, para Ethington, la esfera pública y las instituciones políticas tuvieron un peso capital para definir los límites de la clase. Construye así una interpretación alternativa a aquellas que sitúan en el centro del origen de la conciencia de clase, de forma casi exclusiva, la experiencia de la movilización social de sectores de trabajadores manuales para la mejora de sus condiciones materiales. Este juego de configuración de la comunidad política desde dentro y por parte del propio sistema, como lugar donde se producen las pugnas por definir «el interés o los intereses generales», es el catalizador clave para entender el desarrollo de esta nueva cultura política plural, que engloba dentro de la categoría de «progresismo» y de las políticas de grupo que son reconocibles en el contexto norteamericano de 1900 en adelante. Es de hecho, a raíz de esto, que se introduce en otro de los debates historiográficos de su momento, donde criticaba que el prominente peso de las políticas de grupo en el modelo estadounidense se había convertido en un elemento que había favorecido un análisis ahistórico de las comunidades políticas anteriores a la Guerra Civil al exportar estas categorías.

Veinte años después es quizás injusto valorar un libro solamente por la vigencia de sus interpretaciones, que, además no son exiguas, pero es aún más necesario matizar el momento de su producción, en el que permitió ampliar de forma muy notable las corrientes de interpretación sobre la configuración social de las culturas políticas, o la diversidad de fuentes y aproximaciones a estas que aportó. Sin duda, uno de los elementos clave que esta obra introduce, y que, sin embargo, hoy podemos ver como uno de los puntos quizás más criticable es el análisis espacial y urbano. Si bien, la obra introduce este eje como un elemento clave, dentro de los trabajos del propio autor inclusive, es donde más superficialmente se expresa, acercándose más a las formas clásicas de Historia Social sobre el uso y análisis del espacio.

En cualquier caso, tras dos décadas sigue sin duda siendo un texto evocador y provocador, que con valentía confronta algunas de las interpretaciones dominantes sobre la configuración de las culturas políticas en entornos urbanos, que no busca tanto desestimar las aproximaciones de corte materialista, como romper con el determinismo y automatismo que algunas posiciones estructuralistas habían ayudado a consolidar. Este punto de vista queda mejor definido en palabras del propio Ethington al decir:

> *The ultimate victory of the pluralist-liberal language and practice of social groups over the republican-liberal language and practices of politics took place in the public sphere; it was the human product of public political contestation and not the natural outcome of socioeconomic change.*

Jorge Sánchez Martín
Egresado UCM

Semblanzas

Rubén Pallol Trigueros

Profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y codirector del grupo de investigación *Espacio, Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea*. Es especialista en historia social y cultural de la ciudad contemporánea.

Elia Arce Isabel

Personal Investigador FPI de la Comunidad de Madrid en el Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de trabajo se centran en la historia de las mujeres, las relaciones de género y la sexualidad, llevando a cabo el proyecto de tesis: *Experiencia cotidiana en torno al periodo menstrual en la España de los años 1950 y 1960*.

Juan Cordón Herce

Doctorando en el Programa de doctorado en Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de trabajo se centran en el estudio de los mercados formales e informales, el abastecimiento y el control urbano en Madrid y su periferia durante la posguerra.

Jorge Sánchez Martín

Investigador independiente, graduado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid y del máster Interuniversitario en Historia Contemporánea, colabora habitualmente en el grupo *Espacio, Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea*.

Lecturas del mundo urbano: reseñas bibliográficas

***Grupo** Espacio Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea*

Universidad Complutense de Madrid